



Imagen 1.- Equipo de Facinas en el antiguo campo de Matavaca. Foto colección del autor.

Algunos recuerdos

Sebastián Álvarez Cabeza

Retroceder en el tiempo para recordar pasajes de nuestra vida, se hace difícil para alguien con mi edad. Es verdad que a veces nos vienen a la memoria escenas o personas que nos sorprenden. Pienso que esos momentos que han quedado grabados, significaron, aun sin darnos cuenta, algo íntimo o merecedor de nuestro máximo interés. Serán estos los que utilice para emborronar estas páginas.

Nací en Facinas y en Facinas moriré. He sido su amante fiel, a pesar de tantos sacrificios como el devenir del tiempo nos obligó a soportar, pero aquí he sido feliz.

Mi niñez se desarrolló en plena pos guerra. Soy el mayor de cinco hermanos, y aunque mi familia no era de las más necesitadas, tampoco podíamos tirar cohetes. Anduve con pantalones y zapatos remendados, y con la vestimenta justa para mudarme una vez a la semana. También me lavaban cada siete días en aquellos baños de cinc. Con granos que se “reventaban” aplicando hojas de “amorprende”; con velas de moco y las mangas del jersey brillantes y “custrías” de refregármelos.

Pero un niño juega hasta en las situaciones más difíciles. Es una obligación que se impone a sí mismo.

A la memoria me vienen cada una de las modalidades de juegos y muchos de los compañeros con los que los compartí. El “aro”, el “jincote”, “me

la jastro”, “el trompo”, “los bolos”...Eran algunos donde se necesitaban elementos. Cuando esto no era posible, pues a “marro”, a “coger” “a “caldereta”. También agudizábamos el ingenio y la fantasía fabricándonos caballos de caña con los que corríamos las cintas o imitábamos los pasos y filigranas de aquellos hermanos Peralta, célebres rejoneadores de la época.

Asaltábamos huertos buscando brevas, peras y membrillos. Nos alejábamos hasta los regajos para cazar ranas y galápagos, y rebuscábamos entre la basura tiras de trapos viejos con los que fabricar las colas de las cometas que hacíamos con papel de seda pegado con masilla. La imagen de una “pandorga”, como las llamaba mi abuela Isabel, balanceándose en el espacio, transportaba mi imaginación a otros mundos fantásticos.

Y la pelota. Jugar al fútbol ha sido mi pasión desde que tengo razón de mi existencia. Recuerdo que mi madre cosió en una de mis camisetas de tirante un número recortado de un trozo de tela, con la que corría por el patio de la casa tras una pelota de goma. No pasaba de los tres años. Y con poco más, mis tíos Sebastián Álvarez y Manuel Sevillano, que sabían de la afición de aquel crío, me llevaron una tarde al campo de fútbol de Tarifa a ver un partido. Fue la primera vez que vi un balón de cuero y unos jugadores de verdad.

Esta afición me acompañó mientras la condición física me lo permitió.

En el paseo disputábamos interminables partidos, que finalizaban cuando se rompía la pelota o las suelas de las alpargatas salían “estillando”. De allí pasamos al “Matavaca”, el mítico “estadio” local al que teníamos que limpiar de boñigas o quemar los cardos para empezar los partidos. Sufrí hace unos años en mis carnes una sentencia judicial que exigió derribar vestuarios y porterías por mandato de unos nuevos propietarios. Este es un tema que necesita un capítulo sólo para él, y hoy no es el día. Aquello obligó a construir otro nuevo, mucho mejor, más nivelado, con césped, vestuarios, duchas, etc. Pero ya no era lo mismo.

Llegados a cierta edad queríamos imitar a los mayores, tanto en la vestimenta como en las costumbres, de ahí que soñábamos con los pantalones largos, una cartera o una petaca. Los primeros cigarros los fumé animado por alguno mayor que yo. Incluso recuerdo haber robado huevos de algún corral para cambiarlos por cigarrillos “Ideales” o “Peninsulares”.

Muchas de las figuras de los que me acompañaron en aquellos tiempos se me han borrado, pero conservo muy claramente a Juan Luís Muñoz Alonso, recientemente fallecido, y que llevó hasta su madurez la gracia y el ingenio que ya derramaba cuando niño; a Cristóbal Cózar, Ignacio Gómez, Juan Calderón, Antonio Manso, Antonio Silva, y un etcétera bastante largo. Otros, eran hijos de guardias civiles o militares que iban y venían destinados a estos acuartelamientos. Y sobre todos, mis primos Sebastián Álvarez Toledo, al que decíamos Chan Toledo, y Antonio Giráldez. Fuimos los tres inseparables en aquel tiempo y ningún avatar nos alejó por muchos años que hayan pasado.

A los trece comencé a trabajar como aprendiz en la tienda que Juan Trujillo abrió en Facinas. Una sucursal de Tejidos Trujillo de Tarifa. Dependiente de comercio era una colocación añorada en aquel tiempo y en este pueblo, donde, o te ibas a guardar animales o a amasar en algunos de los molinos.

Para entonces ya había dejado la escuela. Seguir estudiando obligaba desplazarse hasta Tarifa, cosa impensable para las familias que tenían asumido que solamente los hijos de los pudientes tenían derecho a estudios superiores.

Recuerdo entre tantos maestros a dos hermanos de Tarifa, Don José y Don Isidoro Jiménez Font, siendo Don José quién me aportó lo máximo que se podía aspirar entonces en la educación.

La diversión de la juventud en aquellos años

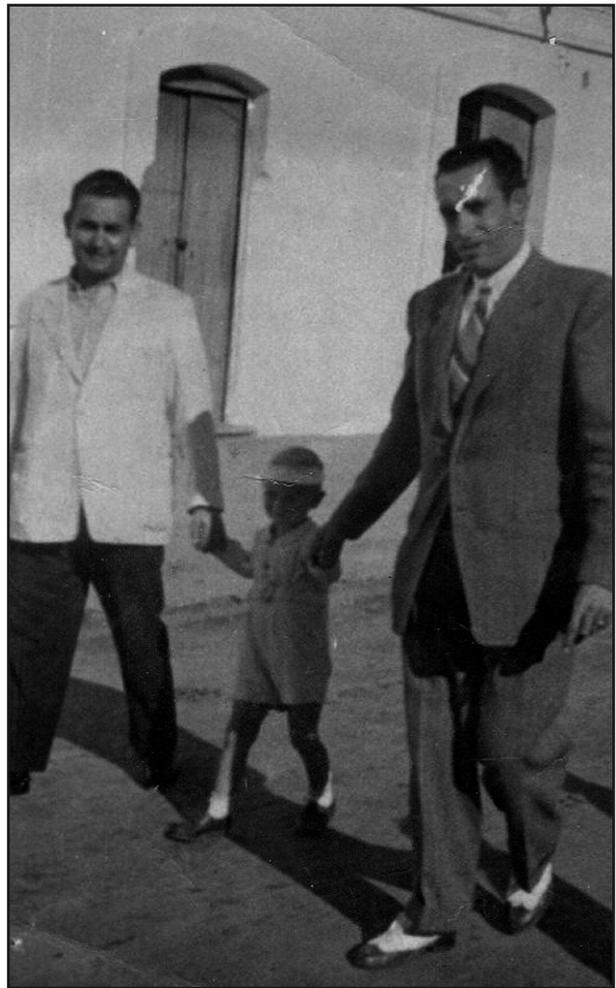


Imagen 2.- Sebastián de pequeño con su padre por las calles de Facinas. Foto colección del autor.

se reducía al cine dos veces a la semana, si podías pagarte la entrada. Los dueños del cine eran de Tarifa, y desde allí traían las películas, en el coche de “Campito” y con Rafael Jiménez como “operador”.

Todas las fiestas y actividades estaban ligadas a la iglesia. Era allí donde podíamos encontrarnos con las muchachas, ya que estaba mal visto que las mujeres fueran a los bares o participaran en reuniones con los del sexo opuesto. En los bailes, se sentaban a esperar que algún mozo las “sacaran”. Cuando fuimos “espabilándonos”, un grupo de jóvenes compramos un “tocadiscos” o “pikú”, con el que organizábamos bailes en habitaciones de alguno de la pandilla. Aquello era reprendido por el cura de turno.

El primer encargado que tuve en la tienda fue Manolo Trujillo, sobrino del dueño. Un joven lleno de simpatía y buen corazón. Como compañeros a Pedro Moya y Nono Cózar. Manolo se enternecía con aquellos gitanillos que llegaban descalzos, pidiendo limosna. En más de una ocasión salieron vestidos como palmitos y con monedas en los bolsillos, gracias a su buen corazón. Falleció hace poco y lo



Imagen 3.- En la boda de Manolo Trujillo con Juan Sánchez, Pepe Jiménez, Antonio López Vera y Pepe Romero. Foto: colección personal del autor.

sentí cómo si de mi familia fuera.

Las fiestas populares eran otras fechas de diversión y alegría. La Feria de Ganado en Abril, la Romería en Mayo y las Patronales de Agosto, días donde el pueblo se echaba a la calle para bailar y beber, que pocas cosas más había. La Feria de Ganado ya ha desaparecido, pero la recuerdo como si fuera hoy. Mi abuelo Sebastián mandaba que nos prepararan el caballo negro, para que lo montáramos los más chicos de la casa. Ha sido el animal más noble que he conocido; “Mimoso” se llamaba, y desapareció una noche, cuando era anciano ya, a manos de un cuatrero. Mis primos y yo, “chuleábamos” paseando las niñas a la grupa.

La feria de Tarifa y otras fiestas las pasaba en casa de algunos tíos, Antonio en la calle Colón o Inés en la calle san Francisco.

Aquellos viajes y algunas excursiones que se organizaban, se hacían montados en un camión, que tardaba medio día en llegar a Tarifa. Los más precavidos llevaban una silla para soportar mejor el largo y tortuoso camino.

Bernardo Franco, sucesor de Manolo Trujillo en la tienda, era aficionado al fútbol e hincha del Real Madrid, y enterado de que yo “le daba bien al balón” habló con Vicente Sáez, presidente entonces

de la Unión Deportiva Tarifa para que ingresara en el equipo.

A partir de entonces acudía dos veces en semana a los entrenamientos. Me llevaba mi tío Pepe Álvarez en una moto Harley Dávison. El hombre esperaba hasta que terminara el entreno para regresar.

De mi etapa como jugador juvenil del Tarifa recuerdo a Pepe Sáez como secretario técnico, y a muchos de los compañeros. José Ramón, mi primo Gaspar Álvarez Ardaya, Andito, Antoñito, Pepín, Mayo, Rafaelito, Ojeda, El Vasco.

En el estudio de Romero me hice la fotografía para ponerla en la ficha que me hizo el club. La enseñaba como si me hubiera contratado Florentino Pérez.

En el año 1962 me trasladé a Tarifa aceptando la propuesta de Juan Trujillo para trabajar en aquella tienda.

“Paraba” en casa de mis tíos Inés Álvarez y Manuel Sevillano, que me trataron mejor que a un hijo. Aquí conocí a otros compañeros, con los que conviví más de dos años. Antonio López Vera, Miguel Silva, Pascual, Chan Franco, Pepe Jiménez, Juan Sánchez, Antonio Toledo, Campito, Collado, Fermín Franco, Juan Rondón, Pepe Romero, Jesús Patrón... Todo un regimiento, con los que compartía

trabajo y diversiones. Recuerdo los veranos cuando corríamos para irnos a la playa en las horas del descanso para comer. Los partidos de fútbol en el muelle y las películas españolas en el cine Alameda. Al día siguiente imitábamos las escenas mientras se atendía a los clientes. Antonio López Vera, era el mayor de todos, y con su soberbia memoria era capaz de repetir los diálogos.

Cuando llegaba la Semana Santa, tocaba preparar el paso del Cristo del Consuelo, que era la cofradía de Trujillo. Creo que la de la Salud era de Villanueva, los grandes competidores del comercio tarifeño, y de algo más, en aquella fecha.

Me fui a la mili voluntario el uno de julio de mil novecientos sesenta y cuatro. Era lunes, y aquel fin de semana, unos cuantos, habíamos ido a Santisteban del Puerto (Jaén) a la boda de Manolo Trujillo.

Al licenciarme intenté buscar otro trabajo, pero antes de encontrarlo me ofreció Juan Trujillo hacerme cargo de la tienda de Facinas. Lo hice después de acordar un sueldo de cinco mil pesetas. He de decir que cuando ingresé como aprendiz, estuve dos años sin cobrar ni un céntimo. A partir de entonces me pusieron un sueldo mensual de doscientas cincuenta pesetas, que subieron a quinientas cuando transcurrieron algunos años. Al pasar a Tarifa fui ganando dos mil quinientas.

Con aquellas cinco mil “ajunté pa casarme”. Antes había iniciado ya mis relaciones con Mari, la que es hoy mi mujer.

Pepe Trujillo, sobrino de Juan, compartía la dirección de la tienda con éste, y era con quién trataba, siendo el encargado de Facinas. Venía los domingos a “ajustar” las cuentas de la semana en un coche que conducía su mujer, Anita.

Fue un día que hacíamos balance en esta tienda, un trece de enero de mil novecientos setenta, cuando ocurrió la famosa riada de Tarifa. Allí estaban Pepe Trujillo, Pepe Romero y algunos más. Unos se fueron, tomando la carretera por la Barca de Vejer - Los Barrios - Algeciras - Tarifa, y otros decidieron quedarse a dormir en la misma tienda. El domingo siguiente, me casé, día de San Sebastián, mi Santo.

Pasado el tiempo llegamos a un acuerdo y le compré las existencias a Juan Trujillo. Desde entonces fui el propietario del negocio.

Con los escasos beneficios de aquella actividad, fuimos criando hasta cinco hijos: Mari Carmen, Sebastián, David, Juan José y Soledad. Mari y yo nos propusimos luchar para que aquellos tuvieran los



Imagen 4.- En el campamento de la Almorahima con Manolo Ojeda, Paco Ortiz y Manuel Benítez. Foto: Colección del autor

estudios que a nosotros nos negaron.

Pero la vida me tenía reservada una gran sorpresa. Una mañana, al abrir la tienda nos la encontramos vacía. Durante la noche la habían desvalijado. Todo el capital acumulado durante tantos años, se esfumó por el agujero que hicieron en la parte trasera del local.

Me quedé sin artículos y cargado de deudas, en una fecha cuando comenzaban los mercadillos y las grandes superficies, competidores imposibles para los comercios familiares en los barrios y pueblos pequeños.

Siempre formé parte de cualquier movimiento reivindicativo que surgiera en el pueblo, y aunque hasta entonces había rechazado pertenecer a ningún partido político, llegué a comprender que desde esa opción era más fácil trabajar por tu entorno. Y me afilié al Partido Socialista, que pregonaba muchas ideas que yo compartía, y ¡como no! cautivado por la personalidad de Felipe González.

Tras el robo en la tienda, intenté “levantar cabeza” pero ya era imposible. Y fue la fecha en la que

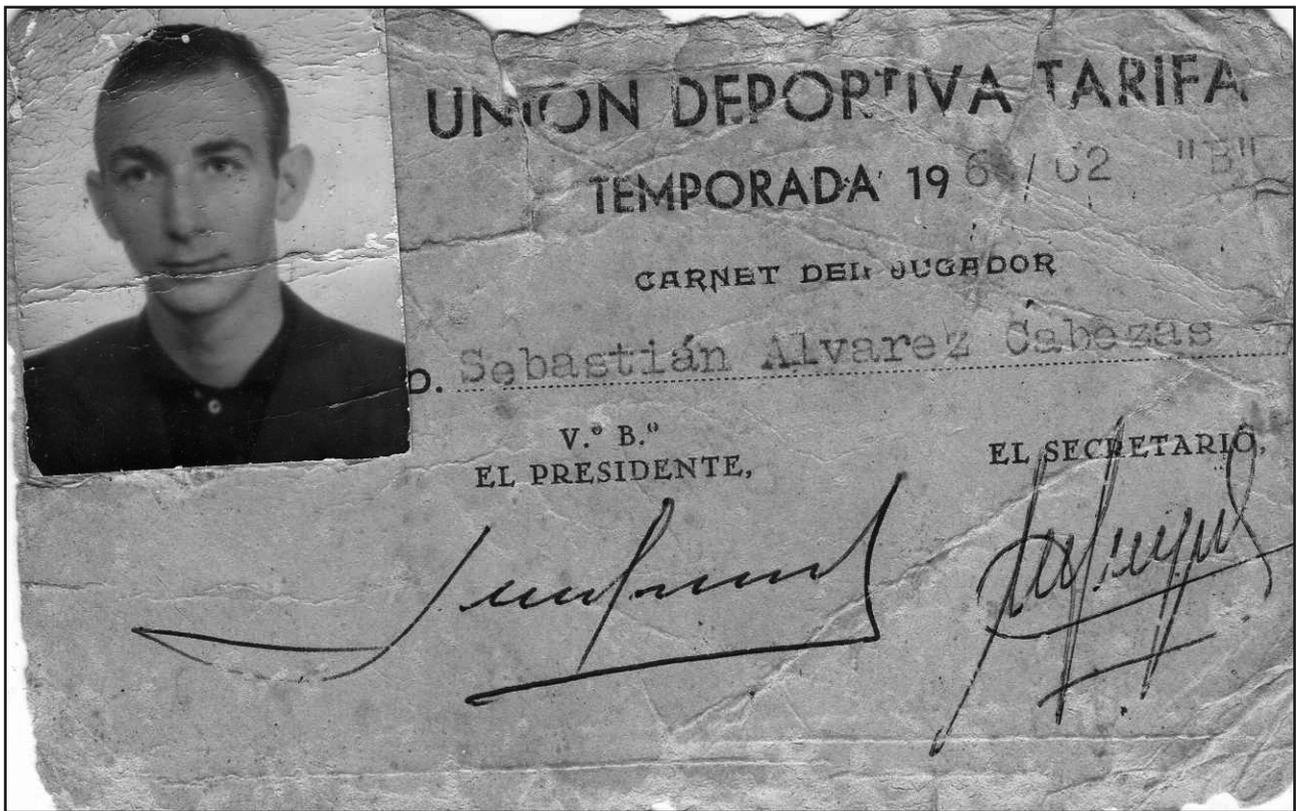


Imagen 5.- Ficha de jugador de la Unión Deportiva Tarifa. Colección personal del autor.

Antonio Ruiz, alcalde de Tarifa me eligió como persona de confianza, destinándome como su secretario particular.

Allí pude comprobar que ese hombre que a muchos les parece demasiado serio, tiene un gran corazón. Bajo ese carácter, aparentemente agrio, habita una persona con gran sentido del humor, dispuesta siempre a ayudar a quién lo necesita. Yo, como secretario, cumplí lo mejor que pude.

Terminando la legislatura del 1991 al 1995, me citaron al hospital Reina Sofía de Córdoba para tratarme el problema de corazón que arrastraba desde varios años atrás. Una operación para repararme las válvulas fue la decisión del cirujano.

Continué mi vida reponiéndome y buscando algún empleo. Facinas había conseguido ya la categoría de Entidad Local Menor, gracias a la propuesta hecha por el Partido Socialista. La Junta Rectora la compusimos Juan Quero, Antonio Yerga, Manuel Ojeda, Nicolás Campos y yo. Fuimos a Cádiz a recoger las credenciales de manos del entonces Presidente de la Diputación Jesús Ruiz.

En el año mil novecientos noventa y siete, el entonces alcalde de Facinas Manuel Dávila, propuso al de Tarifa, Pepe Fuentes, mi contratación como auxiliar administrativo para el ayuntamiento de Facinas. Con ello se abrían las puertas de esta oficina

que solamente lo hacía algunos días que se desplazaba alguien desde Tarifa.

Durante seis meses alterné esa ocupación entre las entidades de Tahivilla y Facinas, y me dediqué a procurar a los ciudadanos atención en muchas gestiones evitándoles el traslado hasta Tarifa. Al cumplir los seis meses decidieron no renovarme y fui despedido. Contrataron a otra persona que continuó la labor, y ya nunca más se cerró esta dependencia.

Vengo de una familia donde varios de sus miembros fueron alcaldes, entre ellos mis dos abuelos y mi padre. Siempre había dicho que no seguiría la tradición. Nunca me gustó destacar, prefería trabajar sin ostentar cargos. Fuera como fuere, pero principalmente por el interés de intentar hacer algo por mi pueblo, me ví en los carteles como candidato por el PSOE para la alcaldía de Facinas.

Conseguí el respaldo mayoritario de mis vecinos en aquellas elecciones que regresaba Antonio Ruiz y que un pacto incomprensible le privó de la alcaldía.

Fui reelegido cuatro años mas tarde, y decidí retirarme al finalizar la segunda legislatura, dando paso al compañero Andrés Trujillo.

Y llegó la edad de la jubilación. Tiempo para meditar lo que se hizo y lo que se pudo hacer. No

para abandonarse a la inactividad. He encontrado en los paseos y unas labores de hortelano, los ejercicios que me mantienen activo físicamente.

La informática, a la que me costó incorporarme, y que lo hice gracias al tesón de Antonio Alba, me proporciona un entretenimiento continuo. Mi gran amigo Cristóbal Cózar, mantiene una página web de Facinas (facinas.org) en la que escribo los lunes los movimientos del pueblo. Con ello mantenemos el contacto con tantos hijos y amigos del pueblo que se encuentran diseminados por toda la geografía.

Animado por Cristóbal me lancé a escribir recuerdos que fueron recogidos en un libro y editado por la Diputación. Más adelante me atreví con una novela, "Los unos y los otros" en la que mezclo fantasía con realidad para dar a conocer las injusticias y penurias soportadas por moradores de estos campos. Nos atrevimos a editarla y se encuentra a disposición de quién la quiera leer. Actualmente estoy inmerso en otra. Menos triste, pero que refleja parte de la historia del pueblo de Facinas y sus gentes.

Consciente soy que no tienen valor literario alguno, simplemente se trata de mantener la ilusión de contar algo, de no mantenerme en silencio. Me honro en pertenecer, salvando las distancias, a la misma universidad de José Araujo, Juan Quero o Curro Castro. Gente sin títulos académicos que queremos contar lo que vimos, lo que vivimos y sentimos, de la mejor manera que podemos. A ellos admiro y quisiera imitar.

Aquí voy a dar fin al repaso sobre parte del camino que he recorrido hasta ahora. Como habréis leído, sin orden ni concierto, dejándome llevar como en un duermevela en estas largas tardes de la recién

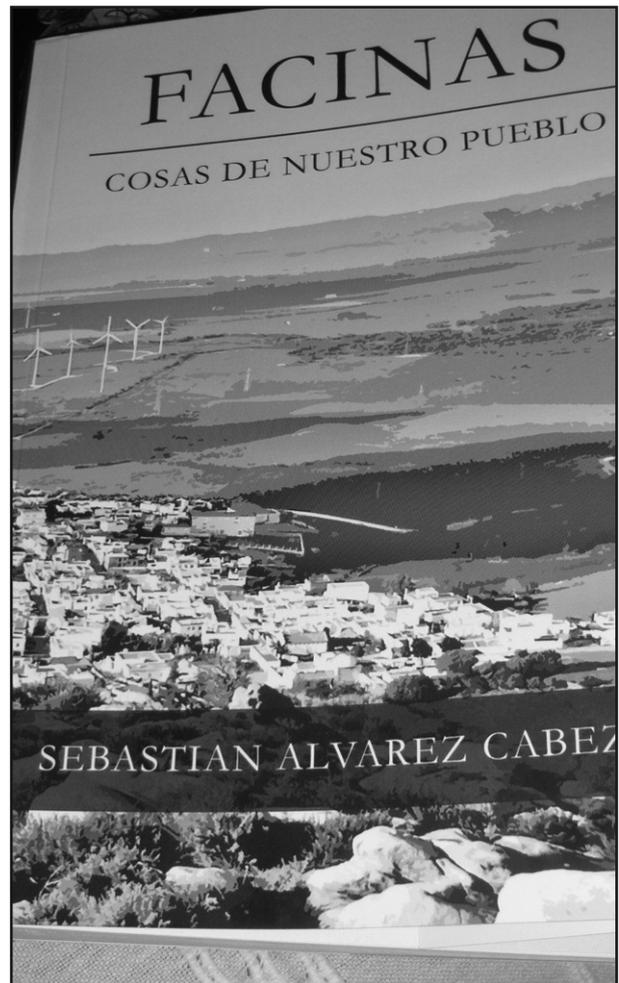


Imagen 6.- Portada de uno de los libros publicados por Sebastián.

estrenada primavera Son algunos de los momentos que jalonaron mi vida. Me ha servido sobre todo para darme cuenta de que muchos a los que quise han quedado perdidos en el tiempo.

Yo esperaré, en mi huerto y entre los míos, hasta que llegue mi hora. ■

ALJARANDA en Internet



En la web oficial del Ayuntamiento de Tarifa podrá consultar todos los números de ALJARANDA editados hasta la fecha.

www.aytotarifa.com/aljaranda